



El miedo de Robinson

¿Por qué el tema de "Las aventuras de Robinson Crusoe" no podría ser el miedo?

Es cierto que podría ser cualquier otra cosa pero, ¿por qué no el miedo? Intentaré explicarme. Lejos de ser una narración de aventuras (frecuentemente mutilada, por lo demás; ¿cuántos han leído los episodios del naufrago inglés con los lobos en la estepa rusa?), en verdad Robinson no parece más que un lamento puritano ante el castigo de Dios.

La cólera divina se cierne sobre los impuros y ellos, desde el magma de su perdición, no pueden más que lamentarse ante un destino sin salida. Sin embargo, esta brutalidad de Lo Alto es demasiado espesa para ser creíble. Tanto, que no es curioso que Rousseau recomendara en su "Emilio" que "Robinson Crusoe" se leyese desde el naufragio hasta el rescate del protagonista de la isla (28 años después): con fiado en la ignorancia pagana de los lectores, Rousseau pretende que todo quede en la locuaz cantinela del buen salvaje corrompido por la sociedad y del encuentro del hombre consigo mismo, con su propia humanidad, verdadero reino de la pureza antropológica.

Pero tampoco aquello satisficiera una buena lectura de la novela; por lo que ni es demasiado evidente (por poco creíble) que el asunto tenga que ver sólo con un Dios castigador y con la explicación de las culpas en vida, ni que literalmente sea una suerte de instrucción antropológica, algo así como una "educación ecológica de la virtud".

Revisando otros escritos de Daniel Defoe (por ejemplo, su magnífico "Diario del año de la peste") uno podría aventurar otras explicaciones. A pesar del fenomenal discurso presbiteriano en ambos libros (que le queda tan bien a Freud), Defoe arranca de algo. Ni de su historia o condicionantes, ni

La humanidad de Robinson Crusoe demostraría que él escapa de sí y nada más que de sí, despojado de todo por miedo a sí mismo: a su historia y condicionantes, claro, a su impronta divina también.

siquiera de ese Dios implacable que solo hace llover sobre los malos, si no de sí mismo.

Dos extremos "pedagógicos" me podrían hacer un idéntico reproche: que ese "sí mismo" es la propia historia personal de Robinson y sus condicionantes, o la divinidad implacable que soporta como "hijo". Pero la humanidad de Robinson demostraría lo contrario: él escapa de sí y nada más que de sí, despojado de todo por miedo a sí mismo: a su historia y condicionantes, claro, a su impronta divina también, pero en cuanto "él". Todo lo demás, adorno faranduloso y literario en el peor sentido.

Tal vez se trate de la eterna problemática del viaje, que por entonces en Inglaterra ya tenía pesados exponentes. Puede que Swift y su "Gulliver" tengan algo de lo mis-

mo, o el "Tom Jones" de Fielding: ese anhelo casi metafísico por el estado permanente de extranjería como metáfora de nuestro pulular sobre la Tierra (verdadero destierro de los hijos de Dios) o como expresión radical de la fuga, de la huida de uno mismo. Ambos casos son bastante más sutiles que la mera enajenación; y bastante más dulces y artísticos que el relato de aventuras; adobados, claro está, por la "moderna" e insaciable sed de conocimientos y las maravillas de ultramar.

Como sea, Viernes preguntó a su amo: "Pero si Dios es mucho más fuerte (...) mucho más poderoso que el diablo, ¿por qué no mata al diablo para que no haga más el mal?". Y el amo contestó: "Al final Dios lo va a castigar se-

veramente. Él lo tiene reservado para el día del juicio, en que será arrojado a un abismo sin fondo, donde permanecerá en el fuego eterno". Mas Viernes insistió ante su amo: "Al final lo tiene reservado, mí no entender; ¿por qué no lo mata ahora, por qué no mucho antes?". El amo volvió a contestar: "Tú podrías preguntarme también por qué Dios no te mata a ti y a mí cuando hacemos cosas que le ofenden. Él nos preserva para que nos arrepintamos y seamos perdonados". Y Viernes habló por



Basilio Fernandes Riggs

tercera vez: "Pues está bien; de modo que tú, yo, diablo, todos malos, todos preservados, arrepentirse, Dios perdonar todos".

Lógica irrefutable, aunque católicamente herética... Tal vez Hamlet pueda venir en nuestra ayuda.



El tiempo de las apariencias, poemario de Mario Amengual

[artículo] Juan Carlos Sánchez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Calas, Juan Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El tiempo de las apariencias, poemario de Mario Amengual [artículo] Juan Carlos Sánchez. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile